

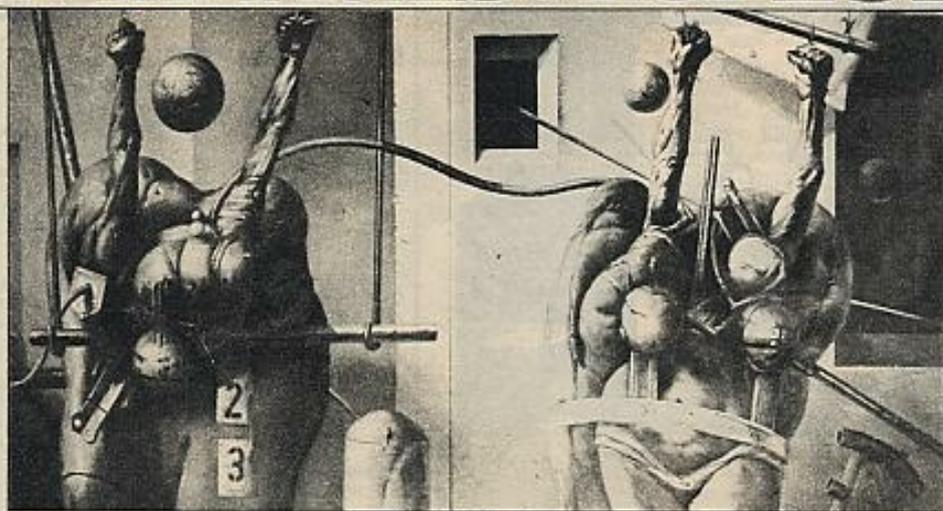
tre Dahd Sfeir y los escritores españoles del exilio es antigua. De nuestro José Bergamín son estas palabras: "Cuando yo andaba peregrinando por América, desterrado de España, concebí en México la idea de una Medea esencial, que, por su breve ficción intensa, al expresarla teatralmente llamé 'explosión trágica'; y, también, 'juguete trágico'. Acaricié durante algunos años este propósito, que no realicé hasta encontrar en Montevideo, último lugar de mi residencia en América, a la entonces incipiente actriz Dahd Sfeir. Viéndole actuar y pensando en ella y para ella escribí mi 'Medea, la encantadora'. Por su admirable realización escénica le dediqué mi obra diciéndole que había 'encontrado de vida y de verdad' la imagen de mi mítico fantasma, lo que era cierto". Para Bergamín, el nombre de Dahd Sfeir, intérprete de la "Santa Juana", de Shaw; de "Doña Rosita la soltera", de Lorca; de "La Dorothea", de Lope... "se une con los de las grandes mágicas actrices españolas mejores que he visto: María Guerrero, Rosario Pino, Loreto Prado, Catalina Bárcena. Y aún añadiré el de María Casares, que lo fue en francés por no haberlo podido ser en español o en su lengua gallega propia".

Valía la pena transcribir estas líneas de Bergamín, porque, además de asociar la imagen de la hoy transferrada uruguayana Dahd Sfeir a quien fue muchos años un transferrado español, refuerzan el sentido último de "En eso estoy", espectáculo sobre el dolor, la solidaridad y la esperanza de quienes, aquí y en Latinoamérica, cargaron con las peores páginas de la Historia.

La elección de Roberto Darvin para acompañarle en esta salida me parece un acierto. Se trata de alguien que no cae en ninguno de los clichés de la canción latinoamericana: la emoción y la reflexión andan unidas y la impresión que en todo momento transmite, amén de su musicalidad, es la de una madurez que renuncia a todo tipo de fáciles recursos. El recital que dio hace unos días en el San Juan Evangelista fue la muestra.

"En eso estoy" es, en fin, un espectáculo dramático, un testimonio apasionado sobre la Historia de América Latina.

La mirada de José Luis Verdes —que ha ideado la escenografía— cuando acaba el ensayo en su estudio no puede ser más elocuente como juicio de un latinoamericano. ■ JOSE MONLEON.



Oleo de Luis Sáez.

ARTE

Luis Sáez Díez está exponiendo en la sala del paseo de Recoletos de la Dirección General de Bellas Artes. Ese "burgalés de pro" —como le llamaba el propio Cid, en su poema, a no sé qué personaje compañero suyo en el periplo hasta Valencia... ¿Era a Minaya Alvar Fáñez?—, ese pintor burgalés, ha adoptado, como los compañeros de Rodrigo Díaz, un camino difícil. Ha dejado su estética abstracta —"aformal"— anterior, con la que iba muy bien, y ha adoptado un "realismo" de temas durísimos —potros de tortura, personajes torturados—, de mucha más difícil aceptación. ¿Y qué le puedo hacer yo?, le dice a los amigos. Esto es lo que siento necesidad de pintar; no puedo, ni debo falsificar-me.

Por lo menos, eso está bien pintado.

Luis Sáez Díez

Sala de la Dirección General de Bellas Artes. Madrid

Si tuvieran razón los que justifican una actitud "abstracta" en la pintura en el previo dominio de la figuración (para demostrar, según ese criterio, que se sabe pintar también "de la otra manera"), si esa gente ruin tuviera razón, entonces lo de Luis Sáez estaría plenamente justificado. No cabe duda —y eso lo demuestra esta exposición— que Luis Sáez "sabe pintar". Pero

no: esa gente no tiene razón. Y podría ocurrir que alguien no supiera pintar más que "a la manera abstracta" y ser, al mismo tiempo, muy bueno. Pero tampoco es éste el caso de Luis. En esta exposición queda demostrado que Luis Sáez está en posesión de todos los resortes de la pintura y que si eligió la otra era porque entonces le apetecía hacer lo suyo así.

He ido a la exposición de temática "doliente" de Luis Sáez.

Más que "inventar", lo que Luis Sáez hace es "imaginar" una siniestra temática con muñones semihumanos ensamblados a un también siniestro mecanismo de tubos, hierros y sabe Dios qué máquinas infernales. ¿Pero de dónde habrá sacado ese Luis, tan mesurado él, esa imaginación tan tremebunda?

He calculado la consistencia de las transformaciones de Luis Sáez para esta obra desde la posición que ya le conocía. Y claro está, si es la figuración... Pero antes que la figuración, para que esa pintura haya dejado de ser lo que era y se transforme en lo que es, está el claroscuro. ¿Un claroscuro académico? No: se trata de un claroscuro más bien clásico, entroncado más bien con gentes clásicas, con el Carpacio, por ejemplo, porque hay coloraciones de ese mismo claroscuro que recuerdan, en sus pardos vivos, en sus amarillos pálidos, ciertas leves coloraciones de "Las cortesanas" o de la "Santa Ursula"... Un venecianismo viejo, pretizianesco, es eso lo que en la coloración sugiere Luis Sáez.

En su coloración, nada más

que en su coloración, para nada en su figuración. Porque el genio de Venecia —dorados palacios, cúpulas de un lujo fastuoso reflejándose en las aguas adriáticas— en nada recuerda la dolorida pintura actual de Luis Sáez.

¿Por qué ese retorno a la figuración de Luis Sáez? Mejor: ¿por qué el retorno de Luis Sáez "a esa" figuración? Aquí hay algo, no me cabe duda, interesante. No bastaría preguntarle a él, porque ni él mismo lo iba a saber. La pintura tiene razones que el mismo pintor, su ejecutante, no comprende.

Pero una cosa es cierta: no hay ningún oportunismo en ese retorno a la figuración de Luis Sáez. Hay que conocerlo a él para comprender que es el tipo más alejado a acciones fácilmente oportunas.

Pero si aquí también me cierra a los argumentos "ad homine", me queda el argumento principal: el de su propia pintura. Es mucho más difícil tener éxito con esa pintura que Luis hace ahora que con la que él hacía antes.

Esa exposición de Luis Sáez no es la primera que él hace con su nueva cara pictórica. Ya le conocíamos algunos cuadros de esa misma estirpe. Pero esta exposición es, como si dijéramos, la presentación en sociedad —o la puesta de largo— de su nueva temática. Que tenga mucha suerte, porque bien la merece ese honradísimo pintor burgalés..., honradísimo en todo: en su actuación personal y en su comportamiento para con la pintura. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.